

1

Yo era solo un niño, pero lo recuerdo bien. Me desperté en mitad de la noche en completo estado de alerta, sintiendo que alguien me había sacudido los hombros. La luz de la luna iluminaba la habitación y dejaba ver los juguetes esparcidos por el suelo de mi noveno cumpleaños, apenas dos semanas atrás. Me sequé la frente perlada de sudor y fui al baño a beber agua. La puerta del dormitorio de mis padres, al final del pasillo, estaba abierta. Me asomé a mirar y encontré la cama desecha, pero mi madre no estaba allí. Bajé las escaleras y atravesé el salón hasta la terraza. La puerta corredera no estaba cerrada, y en ese momento supe donde se encontraban mis padres. Ni siquiera pensé en ponerme las zapatillas cuando salí al jardín y caminé los diez pasos que separaban la casa del estudio acristalado donde mi padre trabajaba. La puerta no opuso resistencia cuando la empujé, pero no me sorprendí. No recuerdo que nunca aquel estudio hubiese estado cerrado con llave. Allí abajo, una docena de metros en diagonal, bajo los puntos de luz que iluminaban la estancia, mi padre pintaba.

Siempre me fascinó aquel estudio. Olía a agua jabonosa, a trementina, a melaza, a aguarrás. Olores que no supe nombrar hasta algunos años después, cuando ya habían empapado mi niñez y se habían adherido a mis recuerdos. El suelo parecía enmoquetado con libros abiertos manchados de pintura al óleo, retirados a los rincones y laterales con los pies. La superficie de las mesas estaba cubierta de trapos húmedos, de botes de pintura llenos de pinceles resecos, de antiguas paletas que nunca se llegaron a tirar. Los platos descascarillados, apilados en pequeñas columnas por toda la estancia, descansaban repletos de pintura escarchada, la misma con que mi padre manchaba las paredes para ver cómo incidía la luz, aunque a mí me pareciera que lo hacía solo por divertirse. Las hojas

de los periódicos amarilleaban con el paso del tiempo, así como las noticias que contenían, noticias que se referían a un mundo ajeno a esas cuatro paredes cubiertas de cristal. A la mugre adherida al suelo de linóleo. A todo lo que aquel lugar representaba para mi padre.

Inclinado delante del lienzo rellenaba con furia los bordes, cargando el pincel con la mezcla del plato. Usaba un pincel ancho. Los que ya había desechado descansaban en un bote lleno de agua jabonosa a sus pies. La luz de la lámpara estaba justo encima suyo y, unos pasos detrás, mi madre, que le observaba sentada en un taburete. Caminé hasta ella y me apoyé en su regazo. Me sonrió y me revolvió el pelo. Los dos nos quedamos ahí, mirando a mi padre trabajar. Si nos había visto, no le importaba. Nada parecía importarle cuando pintaba. Me fascinaba su manera de abstraerse, cómo era capaz de detener el tiempo y plasmarlo en un lienzo. En ese momento no había nada más, ni siquiera mi madre y yo. Ni siquiera él mismo. Cambió de pincel sin detenerse y lo atrapó con los dientes al tiempo que añadía un poco más de pintura a la mezcla del plato. Su respiración era agitada, la misma que tenía yo cuando corría en algún juego. Mi madre no se cansaba de mirarle trabajar y yo no me cansaba de mirarla a ella.

El tiempo transcurría lento mientras el pincel recorría la superficie del lienzo ya húmedo de pintura. Mi madre no dejaba de acariciarme el pelo y yo, hipnotizado, me abstraía igual que mi padre ante su propio cuadro. En un momento dejó el pincel, se dio la vuelta y nos miró. Creo que fue lo más parecido que le vi alguna vez a una sonrisa. No me dijo que me fuera a la cama, por supuesto. Mi padre nunca decía esas cosas, de las que se solía ocupar ella. Le pasó el brazo por los hombros y los tres contemplamos el cuadro que, aunque aún no lo supiéramos, tanto tendría que ver en nuestras vidas. Cuando escucho la palabra familia viene a mi recuerdo esa imagen de los tres abrazándonos, mirando aquel cuadro de pintura aún húmeda. Quizá porque fue un momento feliz de mi infancia, uno de los pocos que recuerdo con claridad.

Quizá porque no sabía que no nos quedaba demasiado tiempo juntos. Y ese sentimiento siempre viene asociado a ese olor. Trementina. Melaza. Pintura.

Mis padres se marcharon escaleras arriba y me dejaron allí. Yo no me moví, sino que seguí plantado mirando aquellas formas sin envoltura. No las entendía pero podía sentir cómo palpitaban, cómo respiraban. Pensé en un niño recién nacido aún cubierto de mucosa y sangre, tan lleno de vida que solo podía gritar. Mi madre apagó las luces y la sala quedó iluminada por la luz de la luna filtrándose a través de los cristales del techo llenos de hojas. Yo sabía, incluso a los nueve años, que no debía tocarlo. No era algo que me hubieran dicho alguna vez, pero lo sabía. Esas cosas se saben. Aun así me acerqué y planté mi pulgar en un extremo, rozando el borde. Miré la huella perfecta en la traza del pincel y la mancha en mi pulgar. Aquella mancha desapareció en unos pocos días, pero recuerdo con claridad cómo pensé que mi piel había absorbido la pintura y que una pequeña parte de ese cuadro se quedaría conmigo para siempre.

Juan miró el cielo antes de aventurarse a salir por la puerta del hotel. Las nubes plomizas amenazaban lluvia, pero era cierto que llevaban así todo el día y aún no había caído una gota. Sabía que era una mera cuestión de tiempo, pero no quería llegar a su destino empapado. No esa noche.

Se abrochó la americana y bajó los tres escalones de entrada. Los recepcionistas le saludaron con una inclinación de cabeza, a la que él respondió con un saludo demasiado bajo. Había memorizado el itinerario en la habitación del hotel, con la guía que compró hacía dos décadas, en su primer viaje como turista a aquella ciudad. Ahora le traía el trabajo. Londres era un pequeño gran entramado de calles y callejones, tan viejos como el mundo moderno e igual de traicioneros. Cuando había recorrido tres manzanas sus temores se hicieron realidad y comenzó a diluviar

con fuerza, tanto que tuvo que salvar con tres grandes zancadas la puerta del comercio más cercano que divisó. Una franquicia de comida rápida repleta de adolescentes ruidosos que llenaban la estancia de gritos y carcajadas. Pidió en un perfecto inglés un té con leche y se apostó en una mesa cercana a la ventana, desde donde podría buscar en el cielo una pequeña tregua para llegar a su destino, la casa de subastas Christie's, a no más de un kilómetro de distancia. Por eso había escogido ese hotel, para no tener que lidiar con los insidiosos taxis de la ciudad, tan grandes que hacía que uno se sintiese solo en la parte trasera.

Llevaba nervioso todo el día, no sin razón. Aunque habían pasado algunos meses desde que se produjera la gran noticia, todo había sido tan frenético que no había tenido tiempo de asimilarlo. Se sentía tan pequeño dentro de la conmoción general que había asaltado al mundo artístico como treinta años atrás, cuando su padre terminó de pintar «Gris ceniza» y su madre, su padre y él se quedaron abrazados mirándolo mientras la pintura se secaba en aquella noche de finales de primavera. Se observó el pulgar un momento, buscando en él trazas de la pintura desaparecida décadas atrás y echó de menos a su madre. Si ella aún viviera, seguro que él no encontraría motivos para ponerse nervioso.

Cuando su padre se lo contó, Juan quedó tan sorprendido que pasó un par de minutos sin decir nada, juzgando si se trataba de una broma de alguien tan poco propenso a las bromas. Después de quince años de negativas a los mejores coleccionistas y museos, su padre había decidido vender unos pocos cuadros, entre ellos el famoso «Gris ceniza», el lienzo que había resultado ser la semilla de un nuevo estilo: el *Esencismo*, como lo definieron los críticos hace ya algunos años. Una búsqueda de la representación de la esencia de los objetos y personas con el uso de trazos borrosos e indefinidos, texturas granulosas, casi tridimensionales y óleos creados por él mismo en una búsqueda de perfección. Palabras y palabras que llenaron infinidad de periódicos y suplementos culturales cada vez que algún museo exponía alguno de sus cuadros,

analizando la forma y el fondo, el trazo, el alma de los cuadros y lo que querían decir, aunque nadie lo supiera en realidad. Su padre nunca comentó aquellos artículos ni dio conferencias sobre este nuevo movimiento que todo el mundo le adjudicaba, algo a lo que otros pintores recién adheridos sí se sumaron, llenando ese vacío que dejó y sus propios bolsillos en el proceso. Su padre parecía vivir según la norma que los críticos habían redactado para él. Carlota, la madre de Juan, vivió para conocer buena parte de ese éxito que su marido nunca pareció buscar y le acompañó aquella noche en la exposición del Museo de Arte Moderno de Nueva York, donde todos cayeron a sus pies. La crítica le ensalzó como el líder de un nuevo movimiento, y fue precisamente su negativa a ese liderazgo lo que acabó convirtiéndole en leyenda. Cientos de pintores por todo el mundo se sumaron a la nueva ola y comenzaron a buscar dentro de sí las pinceladas que su padre les había mostrado. Un filón de oro puro en una mina que hacía décadas parecía haberse agotado. Cada una de sus exposiciones en diversos museos de toda Europa se convertía en un gran acontecimiento. Las solicitudes de acreditación para la prensa se multiplicaban respecto a las exposiciones de otros pintores y llegaron a ser tan codiciadas que se decidió exponer sólo en salas pequeñas, evitando así los grandes museos de París, Nueva York o Madrid. Cuando su mujer falleció, su padre dejó de ir a las exposiciones. Siguió pintando algún tiempo, pero cada vez cuadros más pequeños, más minimalistas, lejos de aquellos trabajados lienzos que se habían convertido en su marca personal. Todo el mundo consideraba que la llama se apagaba, pero otros pintores habían recogido el testigo y los frutos que él sembró. Nadie pudo igualar su estilo, tan puro, tan preciso. Nadie consiguió dejar plantado a un espectador delante de un cuadro como él lo hizo, mirando ese halo de luz y oscuridad que parecía irradiar. Porque el pintor se había ido, pero sus cuadros seguían exponiéndose, como un doloroso recuerdo de lo que sus seguidores intentaron y no consiguieron. El fracaso de los demás ensalzó su triunfo, el

triunfo de un estilo que nadie pudo igualar; ni siquiera su propio hijo, que comprendió que por sus venas corría la misma sangre, mas no la misma pintura.

Tan solo había unos pocos privilegiados que tenían algún cuadro suyo en propiedad, de su primera época, como fue llamada por los expertos. Telas que vendió en su juventud por un precio irrisorio que se incrementó de forma exponencial al no salir a la venta casi ninguna más. Cuadros que pasaban de mano en mano a un precio cada vez más alto, en una búsqueda incesante de negocio tan reconocida en el mundo de la pintura y a la vez tan alejada del mundo de la pintura. Los cuadros seguían exponiéndose en salas de todo el mundo, en pequeños museos muy escogidos donde los visitantes arribaban en manadas. La exclusividad resultó ser un negocio tan lucrativo como la venta de cuadros.

Con el tiempo, su hijo Juan, tras pasar por la Escuela de Bellas Artes, acabó convirtiéndose en administrador general del patrimonio de su padre con unas consignas muy claras: ceder, no vender. No alimentar la maquinaria del mundo artístico que devoraba y desechaba pintores con la misma frecuencia que el tracto intestinal. Había sido él quién negoció con los museos la cesión de los cuadros y consiguió unas comisiones más que suficientes para que su padre y él vivieran holgadamente, disponiendo de mucho más dinero del que necesitaban. Si Juan estaba o no de acuerdo con aquella política, era algo que nunca discutió. Al fin y al cabo, eran sus cuadros y podía hacer con ellos lo que quisiera.

Por eso le pareció tan extraño que su padre le anunciara que había decidido sacar un grupo de cuadros a subasta. Y más le impresionó que «Gris ceniza» estuviese entre ellos, el más emblemático, aquel en que todo el mundo pensaba cuando se citaba su nombre. Era «El Guernica» de Picasso, «La Gioconda» de Da Vinci, «El Grito» de Munch.

Cuando eso ocurrió Juan no tuvo dudas sobre a quién llamar: Julia Watson, de la casa de subastas Christie's. Aquella mujer

menuda, de padre inglés y madre española, hablaba con un leve acento, tan sutil que Juan necesitó cuatro llamadas para darse cuenta. Él estaba acostumbrado al acoso por parte de museos y coleccionistas particulares, pero Julia supo desenvolverse mejor que la mayoría, asegurándole que estaría allí en el momento en que él y su padre estuviesen dispuestos, y recordándole esa disposición cada cierto tiempo, de una forma tan amigable que no se atrevió a darla de lado. Era como una embajadora, que se aseguraba de que uno estuviese a gusto y entretenido en todo momento, siempre a un lado, nunca destacando. Cuando Juan la llamó al teléfono particular que ella le había suministrado —porque, según sus palabras, aquellos cuadros formaban ya parte de un ámbito personal más que profesional—, contestó con serenidad y temple, pese al ruido de fondo de pub inglés. Mantuvo un silencio de unos pocos segundos al enterarse de la noticia, tiempo en el que Juan pudo oír con claridad a sus amigos preguntándole qué le pasaba. Ella solo le preguntó si estaba seguro, a lo que Juan respondió: mi padre lo está, pero tiene algunas condiciones.

Lo mantuvieron en secreto hasta que ella, ya al mando de la situación, lo consideró oportuno. Habló con sus contactos de todo el mundo y cogió algunos aviones, reuniéndose con gente de la que Juan nunca estuvo informado. En sus llamadas desde distintas partes del globo siempre le preguntaba cómo estaban él y su padre, afianzando el trato, manteniendo la línea caliente, con la misma amabilidad del primer día; algo que hacía sentirse a Juan muy a gusto, nunca presionado. Un día recibió un mensaje de texto en su móvil en el que se le informaba que al día siguiente saldría la noticia. Juan se acostó sabiendo que aquella sería la última de sus noches tranquilas en una buena temporada. Todos los periódicos se hicieron eco en sus portadas, los suplementos culturales rescataron los datos de sus antiguos artículos y publicaron viejas entrevistas. El teléfono móvil de Juan no paró de sonar en todo el día. Él, instruido por Julia, les recitó las ensayadas respuestas, instándoles a mantenerse informados a

través de la casa de subastas. Había una incógnita en el aire que todos parecían querer resolver: ¿Por qué ahora? Juan se limitó a decir que ese era el momento que su padre había escogido. No podría contestar más aunque quisiera, por la simple razón de que no lo sabía. Su padre no se lo había dicho, y si él le hubiese preguntado, estaba seguro de que habría alzado los hombros con gesto resignado, como siempre había hecho. Tantos sin respuesta acabaron transformándose en una falta de preguntas por su parte, intrincándose en una instrucción más de su compleja relación.

Julia le preguntó si su padre pensaba asistir a la exposición. Juan le dijo que era poco probable. Tú sabes cuánto ayudaría eso a subir las cifras de ventas, ¿verdad?, preguntó ella. Juan prometió intentarlo, pero no lo hizo.

Su padre odiaba las subastas. Las consideraba un mercado de carne lleno de gatos hambrientos. Opinaba que nadie quería los cuadros para su disfrute personal, sino como una forma de inversión, algo más vistoso que acciones de una empresa. Cada brazo que se levantaba para pujar más dinero lo hacía pensando en la reventa unos años después, tras el fallecimiento del pintor, cuando el cuadro fuese lo único que quedase de la gloria pasada y se convirtiera en un pequeño pedazo de historia. En cierto modo, una vez abandonada la pintura, el pintor se convertía en un mero estorbo para sus propias obras. Él los habría apaleado a todos, mercaderes, inversores, lagartos expuestos al sol que más cotiza. Esos cuadros adquiridos acababan durmiendo en cajas de seguridad en bóvedas de bancos, sin luz del sol, a temperatura controlada, a salvo de la visión de todos, precisamente denegando la propia misión del cuadro. Esperando la noticia en la página de esquelas, comprobada todos los días a la hora del desayuno. Porque en ese momento la obra doblaría, triplicaría, cuadruplicaría la inversión inicial y comenzaría la sucesión de subastas en distintas casas de todo el mundo, a la espera de que unas décadas después, algún mecenas la colgara en su propio museo, autoproclamándose salvador de la cultura y ganando a

cambio una entrada y lugar privilegiado en cada exposición, fiesta y evento que se celebrase a continuación. La pintura no era de los ricos ni de los poderosos, solía decir su padre, sino de aquellos que sabían apreciarla. Y en su opinión, era poco probable que en una sala de subastas encontrase a uno solo de esos hombres.

Unos golpes en la ventana sacaron a Juan de su letargo. Una pareja de adolescentes se besaban apoyados en el cristal, la chaqueta azul del chico aplastada, los remaches de los vaqueros tintineando en el vidrio. Juan miró el cielo y vio que aunque igual de encapotado, había dejado de llover. Consultó el reloj y se sorprendió al ver que iba bien de tiempo. Su té no se había enfriado del todo. Dio un sorbo y salió por la puerta. Los adolescentes seguían magreándose y no repararon en su presencia cuando pasó a su lado. Continuó caminando con los pies todavía húmedos y fríos. En unos pocos minutos desembocó en King Street, donde unos grandes focos iluminaban la fachada en piedra donde parecía que se desarrollaba un estreno de cine más que una subasta de cuadros. En grandes pendones se anunciaban los nombres de los cuadros y los pintores que se iban a subastar, y allí, en primer lugar, destacado sobre el resto, se encontraba el nombre de su padre en grandes caracteres: Ernesto Zúñiga.

Sobrepasó a los botones con librea y entró en el concurrido vestíbulo donde del techo colgaban láminas con las reproducciones de los cuadros a subasta, con «Gris ceniza» al fondo, en un lugar privilegiado. Julia le atisbó desde el fondo, se acercó y le dio dos besos. Le miró un instante y preguntó:

—¿Has venido andando sin un paraguas?

—Sí —contestó.

—Has tenido suerte de evitar la lluvia, entonces.

—Desde luego.

Julia hablaba un perfecto español, con un acento tan suave que podría haberse confundido con un matiz territorial. Podría incluso parecer un tono amable y seductor, como toda su compostura.

—Es una pena que tu padre no haya podido venir.

—Estoy seguro de que se habría sentido abrumado con tanta expectación.

—Hoy es su gran noche. Y de quién se lleve el cuadro, claro.

—Esperemos que los planes salgan como hemos dispuesto —confesó Juan en voz baja.

—Un cuadro vale tanto como alguien este dispuesto a pagar por él. Y en ese sentido, en una noche de subastas, todo es posible.

Un camarero pasó a su lado ofreciéndoles copas de champán. Juan cogió dos y le tendió una a Julia. Ella le dio las gracias y se acercó a su oído.

—Preferimos dar alcohol antes de la subasta, así se enva-lentonan.

Juan rio. Miró en derredor y buscó a alguien entre el grupo de gente. Todos parecían personalidades importantes, pero él no era capaz de reconocer a ninguno. De pronto localizó a alguien y tocó el brazo de Julia para cerciorarse.

—¡Es Lucien Freud!

—Sí —replicó Julia—. Es un gran admirador de tu padre.

—No lo sabía.

—Yo sí. Por eso le invité.

Juan la miró de reojo, preguntándose si se estaba quedando con él.

—¿Crees que comprará alguno?

—No. Pero sabe que si lo compra la persona inadecuada, será su última oportunidad para verlo.

—Parece que esto está lleno de gente importante.

Julia hizo un gesto para quitar importancia a su afirmación.

—Esto es solo la punta del iceberg —explicó—. Los auténticos tiburones no han venido. Han mandado a personas de confianza para pujar en su nombre. No les interesa salir en los periódicos.

—¿Has llegado a descubrir por qué? —preguntó Juan.

—Tengo mis teorías. Pero en Christie's no hacemos preguntas a los compradores. Ven, la subasta empezará dentro de poco.

Juan siguió a Julia hasta uno de los extremos de la sala donde se celebraría la subasta. En un lateral, un pequeño estrado albergaba a media docena de personas que, teléfono en mano, atendían las peticiones de remotos pujadores. En el fondo un pequeño púlpito elevaba al director de la subasta, desde donde podía ver la totalidad de las casi doscientas sillas con que habían acondicionado a los asistentes.

La subasta comenzó con una plaza de toros de Miquel Barceló. Expuesta en un caballete custodiado por dos empleados con corbata, guantes blancos y delantal gris, parecía un pequeño objeto de deseo del que todos estaban pendientes. Abrió con un precio de salida de ciento cincuenta y cinco mil euros. Las manos comenzaron a subir poco a poco, con ritmo pausado, para ir cogiendo ritmo e ir ascendiendo hasta los trescientos mil en un par de minutos. Juan quedó hipnotizado viendo subir las manos mientras el director las apuntaba con el dedo y repetía la puja en voz alta, alentando a los demás a superarla. Cuando el martillo resonó en la sala una última puja se había realizado a distancia a través del teléfono. Más de ochocientos mil euros. Una fortuna que la mayoría de la gente no llegaría a ver nunca junta y que allí se movía con la soltura de una hoja en el viento de otoño.

—Parece que han entrado en calor, ¿no crees? —preguntó Juan.

—Eso parece.

—¿Crees que eso nos beneficiará?

—Bueno, esto no funciona exactamente así —miró a Juan y ante su silencio, continuó:

A diferencia de lo que solemos ver en las películas, nadie se gasta más de un millón de euros movido por un impulso repentino. Todos los asistentes a esta sala, así como los que hablan a través de sus teléfonos, tienen una cifra tope que no rebasarán. Es su punto de rentabilidad, por así decirlo, lo máximo que están

dispuestos a invertir para sacar un interés a largo o corto plazo. Algo así como la bolsa, donde los clientes indican a sus corredores que no compren más allá de determinado precio. El dinero que la gente pagará por los cuadros de tu padre ya está decidido. La gente se formó una opinión basada en nuestro trabajo previo de promoción, en las cifras de sus tasadores o en intuiciones personales. Ahora es cuando nos enteraremos de quién tiene un punto de rentabilidad más alto.

Los siguientes fueron tres cuadros de Van Der Hamen. El público asistente, pese a sus pétreas expresiones, parecía estar pasándose bien, ya fuera pujando o viendo como otros lo hacían. Incluso Juan reconoció para sí mismo que era una experiencia excitante, aunque los nervios por la subasta de su padre no le dejaban disfrutar con plenitud. Más de una vez se descubrió golpeando la mullida alfombra con el pie, en un silencioso y subconsciente ánimo a los demás pujadores. Julia se dedicó a explicarle los detalles de cada subasta, sin dar nunca nombres, manteniendo el anonimato exigido por la organización.

—La verdad es que ni yo misma sé los compradores finales de muchos de los lotes —reconoció.

—Pero imagino que podrás suponerlos con bastante certeza.

—Bueno, tengo mis teorías —. Y sonrió. Juan, sin pensar ni darse cuenta, sonrió con ella. Se preguntó si aquella amabilidad rebasaría el trato usual a los clientes de la casa de subastas. No pudo evitar fijarse en el anillo de su dedo anular.

Cerca de una hora después se anunció el lote de Ernesto Zúñiga, comenzando por el más pequeño de los cuatro, un pequeño óleo de cerca de un metro por ochenta centímetros pintado antes de que Juan naciera. Él tan solo recordaba haberlo visto durante algunos meses apoyado en una de las mesas del estudio. El pensar que esa noche iba a perderlo para siempre le produjo un sentimiento de nostalgia. Al fin y al cabo, y por mucho que se detestara por pensarlo, se estaba subastando lo que hubiera

sido su herencia al morir su padre. Como único familiar vivo retendría todos los cuadros, y había llegado a preguntarse si su padre prefería venderlos ahora que estaba vivo para no darle esa responsabilidad. No llegaba a creerlo, pero algunas noches la duda se dormía con él. Ojalá se lo hubiera podido preguntar sabiendo que su padre contestaría.

El primer cuadro alcanzó un valor de setecientos doce mil euros, un valor algo más bajo del que Julia esperaba, le confesó. También le indicó que cabía la posibilidad de que se estuvieran reservando para la obra estrella de esa noche, «Gris ceniza». El segundo, una acuarela de tiempos de juventud que su padre no llegó a malvender como estudiante, alcanzó cuatrocientos treinta mil euros. Tras ello, otro óleo de dos metros por noventa centímetros, titulado «Leris», se detuvo en el millón doscientos mil euros. A Juan le bailaban las cifras en la cabeza. Habitado a la cesión de los cuadros a museos por un precio ya fijado, la certeza de tanto dinero, más del que él y su padre eran capaces de gastar, al menos con su actual tren de vida, se le antojaba estúpido, ridículo. Al fin y al cabo, no dejaba de ser un lienzo cubierto de pintura, aplicada con mayor o menor talento. Pero Julia tenía razón, un cuadro valía lo que alguien estuviera dispuesto a pagar por él. Con tal premisa, todo parecía tener un lejano sentido.

Llegó el momento en que «Gris ceniza» fue expuesto en el caballete al fondo de la sala. Ver la pieza original allí era mucho más impresionante que una reproducción. Parecía que podías cogerla y llevártela a casa sin mayores problemas, como cogías la ropa de una tienda. Quizá era la impresión de ver el cuadro fuera de un museo. Quizá era simplemente codicia.

Julia le tocó el brazo y le señaló con la cabeza a un hombre que entró desde el fondo y de forma inesperada consiguió un asiento libre en la atestada sala. Desde su posición sólo podían ver su calva incipiente y sus gafas, pero sabían quién era y a qué había venido.

La puja comenzó en cuatrocientos mil euros, que fueron superados al instante por algunos brazos en alza. El director comenzó a señalarlos y el precio se fue incrementando, pero pareció que era algo esperado por todos, quienes continuaron levantando sus brazos. Desde el estrado lateral los encargados de los teléfonos se levantaron de sus sillas y comenzaron a pujar, siempre atentos al auricular. La cifra fue en aumento a tal velocidad que Juan dudó de la aseveración de Julia de que todos traían sus cifras ya pensadas. La excitación parecía recorrer la sala y afectar a todos los asistentes, los que pujaban y los que no. Juan no podía permanecer quieto. Atrapó una mano con la otra detrás de la espalda para que nadie le viese retorcer los dedos, pero sus pies se negaron a detenerse y se dedicaron a pisar y repisar la alfombra. Cuando la puja superó los diez millones de euros, Julia cogió su brazo y lo apretó con fuerza. Ella también estaba temblando. No se atrevió a mirarla y mantuvo la vista al frente, hipnotizado por los brazos que seguían alzándose y la letanía de cifras desde el estrado. La cuenta se detuvo unos minutos después tras la última puja telefónica. El director miró a los presentes y levantó su martillo como advertencia. Cuando lo bajó y golpeó la pequeña peana, su voz resonó a continuación en toda la sala:

—Vendido por trece millones cuatrocientos veinte mil euros.

Un murmullo general recorrió la estancia, pero Juan y Julia no atendieron. Continuaban mirando al hombre de gafas y calva incipiente. Durante un instante que se les hizo eterno permaneció inmóvil. Cuando se levantó y estiró el brazo para que el director de la subasta le viera, los dos contuvieron la respiración. El director de la subasta le miró a los ojos para asegurarse y volvió a golpear la madera con el martillo.

—El museo del Prado iguala la oferta final y se hace con el cuadro por derecho de tanteo.

Los dos exhalaban aire y se miraron. Sonrieron, pero esta vez era una sonrisa de júbilo que liberaba las tensiones acumuladas

durante toda la noche. Juan no pudo resistirse y le dio un abrazo. Todo había salido como planearon, como ella planeó.

Las instrucciones que su padre le dio aquel día fueron muy claras: quería subastarlo pero con la condición de que algunos grandes museos tuvieran la opción de igualar la oferta y quedarse con el cuadro por delante del pujador. Era algo que muchas casas de subastas no aceptaban, pero sus condiciones fueron férreas y no dio su brazo a torcer. Llevaba más de veinticinco años sin vender un cuadro y podía aguantar algunos más. Christie's, representado por Julia Watson, aceptó. Enseguida se puso en contacto con algunos de los grandes museos de Europa: El Hermitage de Leningrado, el Louvre de París y por supuesto, el Prado de Madrid. Al ser un pintor español de tal resonancia, debería ser el más interesado en adquirirlo. La duda era saber si las arcas públicas estaban dispuestas a igualar las pujas de los grandes magnates chinos e hindúes, que solían llevarse los cuadros más cotizados. Al final, como si todo hubiera sido una función de teatro y los asistentes, actores debidamente instruidos, resultó mejor incluso de lo que hubieran soñado.

—¿Creías que funcionaría? —preguntó Juan, lleno de júbilo—. ¿O tenías una teoría?

—Con sinceridad —respondió ella—, cuando pasamos de los ocho millones, lo creí imposible. Que hayan igualado la oferta es, según mi opinión, un pequeño milagro. Pero ya sabes, un cuadro vale...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Juan.

—¡Uf, increíble!

Por primera vez Julia parecía haber abandonado esa formal cordialidad que había ejercido en todos aquellos meses de planes y negociaciones. Ahora semejava una niña recién salida del colegio ante un fantástico fin de semana.

—Vamos —dijo ella—. Creo que tenemos que invitar a una copa a alguien.

Bajaron al recibidor y buscaron a Roberto Marqués, el director del museo del Prado. De cerca parecía algo más joven. Ya tenía una copa de champán en la mano. Les miró y tan solo dijo:

—Por poco. Por muy poco.

Los tres sonrieron y comentaron los detalles de la subasta entre risas, ya diluido el nerviosismo y la expectación. Al poco se les sumó el marido de Julia, un inglés alto y pálido que hablaba español con un marcado acento. En un momento dado, Julia levantó la vista e hizo una señal a alguien que estaba a la espalda de Juan. El marido parecía conocerle también. Julia hizo darse la vuelta a Juan al tiempo que decía:

—Creo que querías conocerle, ¿me equivoco?

Juan le reconoció al instante, y sin pensar en la diferencia de idioma, dijo en perfecto español:

—Encantado, señor Freud.

No llamó a su padre aquella noche. Le conocía lo suficiente para saber que estaría durmiendo. Él, en cambio, fue incapaz de conciliar el sueño, primero por el nerviosismo previo a la subasta y después por la excitación del resultado. Habían amanecido quince millones de euros más ricos, pero Ernesto Zúñiga no pensaría así. Él era cuatro cuadros más pobre. Cuando su hijo contactó con él a la mañana siguiente y le relató la noticia, se limitó a decir: «Me alegra que todo haya ido bien». Casi parecía decepcionado, arrepentido de una decisión que surgió de su propia iniciativa, la cual fue llevada a la práctica por su hijo y Julia Watson de la manera más eficiente.

Aterrizó en Madrid con más de una hora de retraso. Los asientos de la línea aérea le resultaron pequeños e incómodos. Por su mente cruzó el pensamiento de que ahora podrían adquirir asientos de primera clase, pero lo desechó con un suspiro. Una pequeña parte de él seguía sintiéndose incómodo con el dinero de su padre. Como su administrador podía invertirlo para sacar

la máxima rentabilidad y, aunque sabía que ese dinero sería suyo algún día y que su padre no pondría reparos para que lo usase como mejor creyera, sentía estar viviendo con un guión prefijado. Quería su propia vida, gozar de una independencia personal, que nadie pudiese decir que se aprovechaba de una situación que no había pedido. Era la única persona en quien su padre confiaba para llevar sus asuntos, pero Juan tenía su propio trabajo con un horario y una nómina. Si tenía que hacerlo lo haría, pero no pensaba renunciar a nada más, a las cosas que le importaban. Su padre tenía los restos de su propia vida y a él aún le quedaban muchas páginas por pasar; puede que no tan gloriosas como las de su progenitor, pero esperaba que más felices. Ernesto ya no pintaba y la subasta, aun tan exitosa, había hecho amanecer a su hijo con un leve regusto amargo, como si hubiese vendido a buen precio jirones del alma de su padre.

Ya en la terminal llamó a su mujer, pero ella no contestó. Imaginó que estaría reunida en el trabajo. Se acercó a un quiosco y compró un ejemplar de todos los periódicos; quería medir el alcance de la noticia.

Su padre vivía en San Lorenzo del Escorial, a unos cincuenta kilómetros de Madrid. Allí, cerca de la carretera principal, había una pequeña edificación de piedra de dos plantas y un amplio y descuidado jardín alrededor. En un lateral, un viejo y oxidado columpio que Juan no podía evitar mirar siempre que entraba. Atravesó la puerta de la cocina y le encontró tomando el bocado de media mañana. Con su media melena despeinada, barba de dos días y una de sus eternas camisas manchadas de pintura de las que se negaba a deshacerse, ojeaba el periódico que le dejaban todas las mañanas en el buzón. Como muchos otros, abría sus portadas con la noticia. Pasaba los ojos por encima de las letras con parsimonia, como si no fuera con él. Juan se sentó delante suyo y ambos sostuvieron una mirada amable. Los dos sentían la falta de la mujer cuya ausencia les unía de una forma casi palpable.

—Bueno, creo que ha sido todo un éxito, ¿no crees? —dijo Juan, señalando la pila de periódicos amontonados encima de la mesa.

Ernesto escogió un periódico inglés y lo abrió por la mitad. Tras rebuscar un par de páginas, encontró una foto del cuadro. En todos aparecía la misma foto que la agencia de noticias distribuyó a los periódicos. En algunos de ellos, una vieja imagen suya, con menos años, con motivo de la exposición en la Nueva Galería Nacional de Berlín, la última a la que asistió. Mirando de cerca su cara compuesta por pequeños puntos, su tez parecía desvaída, fantasmal. Juan no pudo evitar pensar que eso parecía el ensayo de los periódicos en espera del futuro fallecimiento de su padre, que los renglones que ahora leían servirían de referencia para periodistas que aún no habían ingresado siquiera en la facultad.

—Has hecho un buen trabajo, hijo —dijo Ernesto.

—Ya sabes que esto no es un trabajo para mí, papá. Lo que quiero es que tú estés contento con el resultado.

Ernesto actuó como si no le hubiera escuchado. Juan hubiese deseado oírle agradecer el esfuerzo, comentar con él los pormenores de la subasta, la emoción de la puja, las anécdotas de aquella noche que ya sería por siempre inolvidable.

—¿Sabías que Lucien Freud es admirador tuyo?

—¿Eh?

Levantó la cabeza de un periódico y Juan creyó ver en su frente despejada pequeños puntos de rotativo.

—Lucien Freud fue a la subasta, me lo presentó Julia. Es admirador tuyo, ¿lo sabías?

—Sí. Me escribió una carta hace algunos años.

—¿En serio? Nunca me dijiste nada. ¿Que decía?

—No lo sé —admitió el padre.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No la leíste?

—No pude. No estaba en español.

—Podías habérmela dejado para que yo te la tradujera —espetó Juan—. ¿La tienes aún?

—Debe estar en alguna parte del estudio.

Su hijo se sintió abatido. Sabía que sería imposible encontrarla allí, perdida entre los escombros de su antigua vida. No podía entender cómo nunca le había dicho nada, sabiendo que él era un admirador de Freud, al igual que este lo era de su padre.

—¿Sabes?, estuve hablando largo y tendido con el director del museo del Prado. Al parecer están preparando una gran recepción. Como imagino ya sabrás, eres el primer pintor vivo que exponen.

Su padre le miró de forma neutra, dándole a entender que no le impresionaba. Se limitó a decir.

—Eso son cosas tuyas.

—¿No te hace ilusión? —preguntó Juan.

—Que el pintor este vivo o muerto no hace mejor el cuadro.

Su hijo estuvo tentado de decir: no, pero sí lo hace más caro.

—Tendrás que ir a esa recepción, te guste o no.

—Ya pensé que todo esto tendría alguna contrapartida.

Juan se desesperaba a veces con su padre. Él no se consideraba una persona obsesionada con el dinero, pero si quince millones de euros no te hacían dar vueltas la cabeza, es que algo no te funcionaba bien en ella. Sabía que si se lo comentaba, él diría algo del estilo de «son solo cifras». Había tenido suficientes discusiones a lo largo de su adolescencia para conocer el final de ese camino.

—¿No vas hoy al trabajo? —preguntó el padre.

—No, hoy dije que no iría. Te he traído algo.

Juan metió la mano en un lateral de su maleta y sacó un bote con té, de una clase que no se encontraba en España y que sabía que a su padre le gustaba. Cuando lo vio pareció animarse de inmediato. Juan pensó que parecía más excitado por ese regalo que por los quince millones. Ernesto se levantó y sacó dos tazas de la alacena. Rebuscó en los estantes y acabó gritando:

—¡Claudia! ¿Dónde está la tetera?

Juan no consideraba a Claudia como la cuidadora de su padre, sino como alguien más de la familia, una hija que por solterona nunca llegó a irse de casa. Llevaba quince años con ellos y él dormía mucho más tranquilo sabiendo que compartía techo con su padre. Era alguien en quien confiar. Ella vino con su conocido y vigoroso paso por el pasillo y dio a Juan un familiar beso en la mejilla. A continuación sacó la tetera del armario y puso ella misma a calentar agua.

—Gracias por ocuparte, hijo —dijo Ernesto.

Juan sabía que se refería a la subasta y no al té. Le sonrió sin contestar.

—No me hubiese gustado que lo comprara cualquiera. Los demás no me importan, pero «Gris ceniza»...

—Sin embargo, estabas dispuesto a correr el riesgo —apostilló su hijo.

—Bueno, confiaba en que lo hicieras bien.

Tomaron té los tres en la mesa de la cocina. Claudia sacó unas pastas para acompañar. No hablaron más del dinero ni de los cuadros.

Cuando entró por la puerta de su casa tras el trayecto de cerca de una hora hasta el centro de Madrid, su mujer Elena le salió al encuentro en el recibidor. Le dio un sonoro beso y tras ayudarle a deshacer la maleta, pidió que le contara todo: a quién había visto, cómo se había desarrollado la subasta, los cotilleos, qué habían bebido... Juan colgó la americana en una silla del comedor, abrió una lata de cerveza y se dispuso a comenzar cuando Elena le interrumpió.

—Pero antes... mi regalo.

Juan se la quedó mirando, sin saber si hablaba en serio o bromeaba.

—¿Qué regalo?

—¿Me estás diciendo que has ganado quince millones de euros y no me has comprado nada? —dijo ella con un falso tono de enfado.

Tras la cena hicieron el amor. Fue un coito íntimo bajo el calor de las sábanas. Al acabar Juan se tumbó boca arriba y ella enroscó brazos y piernas a su alrededor. Estaba húmeda y deliciosa.

—¿Qué ha dicho tu padre?

—Ya sabes como es.

—Ya.

—Pero se ha alegrado con el té.

Ella rio y Juan sintió su cálido aliento en el cuello.

—Ya sé qué me voy a poner para la inauguración.

—Falta un mes.

—Es que tengo que pensar en los complementos...

Juan se rio y la abrazó a su vez. Cerró los ojos y se sintió en casa.

—¿En qué piensas?

Juan había tenido novias antes que hacían esas preguntas, pero en el caso de Elena no le exasperaba como le ocurría con ellas. Su mujer parecía tener verdadero interés en saberlo, no lo hacía por hablar de algo. Juan meditó un momento la respuesta.

—En cómo conseguirá que no le importe.

—Ya sabes como es.

—Sí, ya lo sé.